

La última carta, escrita 13 días antes de morir, cuenta a Malcolm:

Hace más o menos un mes, se encontró súbitamente dentro del marco mental de hacer filosofía. Estaba tan *absolutamente* seguro que nunca podría hacer filosofía nuevamente. Es la primera vez después de más de dos años que la cortina de mi cerebro se descorre.

Así, pues, estos dos libros que presentamos resultan útiles para observar huellas de Wittgenstein dentro de las muchas cosas que hizo en su vida recorriendo distintas experiencias. Desde la de jardinero en el convento de Hütteldorf en Austria —como nos dicen algunas páginas aquí— hasta ayudante de médico en un hospital de Londres.

Sin embargo los materiales expuestos en estos dos títulos me parece que pueden caracterizarse por centrarse en la última época del filósofo, es decir, en muchas cosas que ocurren después de años de acabado el *Tractatus Logico-Philosophicus*, y doctorado con él en Cambridge en 1929. Esta fecha la queremos ver decisiva entre «uno» y «otro» Wittgenstein. Precisamente esta fecha es la de la *Conferencia sobre ética* que da Wittgenstein en Cambridge, en cuyo contenido haremos hincapié más abajo.

Así, entonces, si dejamos de lado ciertas cosas muy generales escritas por su hermana Hermine, y otras cosas apuntadas por Drury y Pascal en la compilación de Rhees, y aquellas otras redactadas por von Wright en el trabajo de Malcolm, es poco lo que se puede descubrir con precisión de Wittgenstein antes de 1930. Esto impide reconocer cuál fue el itinerario global de la existencia de Wittgenstein, tan llena de vicisitudes, pues —como decimos— estos dos títulos tocan sobre todo aspectos de una vida que al parecer ya no se siente atada al *Tractatus*.

Es cierto que esos dos libros no son biografía en sentido estricto, pero uno cae en la tentación por examinar dentro de estos dos títulos algo concreto de esa vida y esos años que produjeron el *Tractatus*. También deseos de ver qué pasa con Wittgenstein como profesor de enseñanza primaria en los pueblos de Trattenbach, Puchberg y Otterthal en Austria, o de observar su existencia como uniformado redactando su *Diario Filosófico 1914-1916* —acompañado de los *Diarios Secretos*— o de entender

qué ocurre con su homosexualidad una vez fallecido su amigo David Pinsent, a quien dedica el *Tractatus*.

No es que carezcamos de datos en torno a ello, pero en estos dos libros es escaso lo que se dice. Y en realidad nada sobre la homosexualidad. Quizá precisamente por esto luego se han cubierto lagunas desconocidas de la vida de Wittgenstein. Hoy se saben cosas con cierto detalle gracias a estudios y comentarios posteriores a estos dos títulos que presentamos. Por ejemplo William Warren Bartley III, investigando los años de maestro de escuela de Wittgenstein en Austria (1920-1926) pudo hasta llegar a consultar que:

la mayor parte de sus mejores alumnos cenaron alguna vez con él, volviendo luego a casa horrorizados con la misma historia. Wittgenstein utilizaba una especie de cocina a presión para calentar el cacao con la avena y otros elementos sin especificar. Nunca lavaba la olla, de modo que el resto quedaba dentro pegado, haciéndose cada vez más duro y creciendo más y más hasta disminuir el volumen de la olla. Al final el volumen de la olla había quedado tan reducida que sólo podía preparar el cacao para una persona cada vez<sup>6</sup>.

No deja de revestir cierta ternura este aspecto doméstico del filósofo, francamente impensable y absurdo cuando contemplamos la pulcritud y el orden del *Tractatus*.

### III

La gran mayoría de estas páginas que leemos en estos dos títulos tienen que ver mucho más, pues, con el «segundo» Wittgenstein, el de las *Investigaciones Filosóficas*, que con el primero. Sin embargo creemos que esto no impide que un lector atento vea también a través de estas dos obras cosas que remiten al pasado más remoto de Wittgenstein. Pasado que ciertamente no se expla-ya sobre aquellos acontecimientos señalados arriba que echamos de menos. Pero sí puede en cierto modo mirarse aquel pasado que remite al ambiente familiar vienés, donde se siente la ausencia de los hermanos suicidados de Wittgenstein. A partir de aquí, además, podemos observar un pasado que tiene que ver con la renuncia total de Wittgenstein a la herencia paterna. Y esta decisión nos permite contemplar las admirables consecuencias éticas

<sup>6</sup> William Warren Bartley III. Op. cit. p. 113.

que tiene su vida, muchas veces inestable entre Inglaterra y Austria.

Quizá, por todo esto, observamos que hay algo enigmático —que a la vez se transforma en una cuestión emblemática— en la personalidad de Wittgenstein.

No afirmamos esto sólo debido a sus extraños viajes de encierro a Noruega, por su visita a la URSS, por su modo de explicar las clases en Cambridge, por su relación conflictiva (y nunca acabada) con el Círculo de Viena, por las asperezas intelectuales creadas con Russell, por sus pensamientos compulsivos por la ausencia de «decencia» que veía en su vida. Todos estos acontecimientos en la historia de Wittgenstein son producidos a raíz de una cuestión mucho más honda y remota que incide en la creación de ese enigma que decimos.

Quizá todo arranca de forma embrionaria durante esa época donde Wittgenstein comienza a reflexionar el *Tractatus*, provocando luego su redacción —influyendo efectivamente en su vida— cuestiones espirituales profundas, como esas que subrayan Isidoro Reguera y Jacobo Muñoz haciendo ambos hincapié en la naturaleza de ciertas cosas inefables existentes en Wittgenstein:

Parece que estas cosas (lo místico) se imponen sin más al sentimiento ante cierto tipo de intuiciones que, supuestamente, colocan a uno fuera del espacio y del tiempo, es decir, más allá de la lógica y de sus condiciones de mundo y lenguaje. Todo lo que se puede —y debe— hacer ante ellas es guardar un respetuoso silencio: callarse... Esta es la sorprendente y catártica secuela de la experiencia de lo místico: que ayuda a dejar de hablar (pensar), a salir del círculo de la lógica y de la razón en que enclaustra su ejercicio. De hecho así sucedió con Wittgenstein, que después del *Tractatus* y la guerra pasará diez años en silencio, aunque atormentado, en medio de una profunda crisis, sumido en tentaciones de suicidio, molesto por estar en este mundo y entre estas gentes; y cuando vuelva a hablar será sobre otros presupuestos muy diferentes de sentido. Wittgenstein no se echó en brazos de la mística haciéndose monje; aunque ideas así le rondaran la cabeza, sólo fue capaz de acercarse al jardín conventual; lo que eligió para dejar de pensar fue un modestísimo puesto de maestro de escuela en pueblos perdidos de la montaña austriaca: una mística laica *sui generis*, tan ascética como la que puede flotar en una celda monacal, y tan atormentada quizá<sup>7</sup>.

¿Qué decir de todo ello? Quizás aventurarse a formular una hipótesis: del carácter polivalente y ambiguo que adquiere la gestación y contenidos de esta «mística laica» podría derivarse aquel factor biográfico destacado en la creación del enigma en la existencia de Wittgenstein. Pero ¿por qué surge aquélla?

## IV

Su posteridad está efectivamente para muchos sembrada de enigmas a raíz de experiencias que en definitiva residen en esa «mística laica» que se expresa arriba.

Las contribuciones analíticas de William Warren Bartley III, sin embargo, señalando causas del porqué del carisma de Wittgenstein ayer y hoy son ilustrativas, reconociendo de entrada el papel destacado que juegan categorías relativas a la ambigüedad en ello. Sobre todo cuando se detiene afirmando que esa figura y talante enigmático de Wittgenstein interpela no sólo por responder a una cuestión arquetípica, propia de nuestro psiquismo, una vez reunidas en él características de sujeto «sufriente». Es el «paciente herido que trae la salud», dice W.W. Bartley III, mencionando a Jung, a escritos herméticos y neopitagóricos, que revelan de ese sujeto contenidos hermafroditas<sup>8</sup>. Junto a eso, lo decisivo para que la posteridad de Wittgenstein atraiga ha sido, para este mismo autor, ese permanente fomento —indirecto y lateral— de la ambigüedad a raíz de la homosexualidad de Wittgenstein, influyendo de un modo especial en parte del discurso formulado por él:

Para que una figura humana como la de Wittgenstein tenga tales trazos y poderes proyectados sobre él por sus admiradores es necesario que se dé la homosexualidad; que sea conocida o sentida subconscientemente por parte de sus discípulos; pero que no sea sin embargo, admitida conscientemente. *La indefinición es esencial*: el tabú y la tentación han de darse juntos, ambos han de combinarse [...] Aquella indefinición debe estar presente también en el mensaje de tal figura, especialmente en el aspecto que tenga una relación más estrecha con cuestiones de moralidad. Por eso no es sorprendente que la doctrina sobre la ética en Wittgenstein sea tan difícil de establecer: que se dé una controversia tan seria acerca de lo que dijo —o quiso decir— al afirmar que lo que se dice en estas materias carece de significados...pero que es sin embargo, de gran importancia<sup>9</sup>.

El sentido que adquiere la descripción del fallecimiento de Wittgenstein y el espíritu que imprime Malcolm comentando en qué consisten sus palabras finales, son también

<sup>7</sup> Ludwig Wittgenstein. *Tractatus Logico-Philosophicus*. Introducción a cargo de Isidoro Reguera y Jacobo Muñoz. Alianza Universidad. Madrid. 1987. p. XXVII.

<sup>8</sup> William Warren Bartley III. *op. cit.* p. 225. También véase del mismo autor: *Sobre Wittgenstein y la homosexualidad*. Homosexualidad: literatura y política (compilación de G. Steiner y R. Boyers) Alianza Editorial. Madrid. 1985. pp. 149-191.

<sup>9</sup> William Warren Bartley III. p. 226-227.